HISTORIA DE LA DISCIPLINA

ELLEN GRIGSBY

Universidad de Nuevo México

Dentro de la disciplina de la ciencia política en los Estados Unidos, el tradicionalismo, el conductismo y el posconductismo son tres enfoques de investigación distintos. Es decir, cada uno ofrece una perspectiva sobre la mejor manera de llevar a cabo la investigación, el análisis y la explicación relacionados con la política y la vida política (Dryzek & Leonard, 1988). Estos tres enfoques representan diferentes puntos de énfasis con respecto a las formas en que debe proceder la investigación sobre la política. Por ejemplo, se verá que el tradicionalismo —en comparación con el conductismo— tiende a enfatizar la utilidad de analizar las instituciones gubernamentales al estudiar los fenómenos políticos, mientras que el conductismo tiende a afirmar la importancia de investigar las complejidades del comportamiento de los actores políticos individuales (por ejemplo, ciudadanos, cabilderos, candidatos, funcionarios electos). Sin embargo, las tres perspectivas de investigación comparten la creencia de que la investigación en ciencia política debe producir explicaciones que mejoren y profundicen nuestra comprensión de los complejos procesos políticos.

Al comenzar a analizar el significado y la complejidad del tradicionalismo, el conductismo y el posconductismo, es importante tener en cuenta tres puntos. En primer lugar, el tradicionalismo, el conductismo y el posconductismo son categorías amplias, y dentro de cada categoría se encuentra una variedad de politólogos que no necesariamente están de acuerdo en todos los asuntos relacionados con el estudio de la política. Por ejemplo, durante los años en que el tradicionalismo era el enfoque de investigación predominante dentro de la ciencia política, Woodrow Wilson (1911) pronunció un discurso ante la Asociación Estadounidense de Ciencia Política (APSA) que puso en disputa varias afirmaciones hechas por el anterior presidente de la APSA, James Bryce. En 1908, Bryce había declarado que la ciencia política, es decir, una comprensión científica de la política era posible en la medida en que las acciones humanas tendían a ser similares, o repetibles, a lo largo del tiempo; por lo tanto, razonaba Bryce (1909), uno podría generalizar sobre los patrones de la actividad humana y sacar conclusiones sobre la vida política. Wilson (1911), sin embargo, aunque no negaba del todo la existencia de cierto grado de actividad estructurada a lo largo del tiempo, enfatizó la singularidad que caracteriza a los seres humanos y las acciones humanas. A pesar de estas diferencias, tanto Bryce como Wilson eran representativos de la ciencia política tradicionalista.

En segundo lugar, el tradicionalismo, el conductismo y el posconductismo a menudo se vinculan con ciertas décadas en el desarrollo de la ciencia política en los Estados Unidos. El tradicionalismo generalmente se asocia con la ciencia política practicada durante el siglo XIX y principios del XX. El conductismo se asocia generalmente con el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, aunque sus orígenes a veces se remontan a la década de 1920. La aparición del posconductismo en la disciplina ya había sido notada y comentada para finales de la década de 1960 (Dahl, 1992; Dryzek, 2006; Ricci, 1984).

Sin embargo, es importante darse cuenta de que estos marcadores históricos se utilizan mejor como designaciones generales, porque el desarrollo de estos tres enfoques de investigación fue demasiado multifacético y complejo para encajar perfectamente en categorías de tiempo rígidas. El surgimiento de un nuevo enfoque no desplazó necesaria, completa o enteramente a uno más antiguo; por ejemplo,

si bien el tradicionalismo fue desafiado por el conductismo en las décadas de 1950 y 1960, varios politólogos continuaron aferrándose al tradicionalismo. De hecho, muchos libros de texto introductorios contemporáneos sobre la política de EE. UU. continúan reflejando la perspectiva de la ciencia política tradicionalista. Además, no todos los subcampos de la ciencia política se vieron afectados de manera equitativa o simultánea por la aparición de un nuevo enfoque. Por ejemplo, el subcampo de la política estadounidense incorporó el enfoque conductista antes que los subcampos de las relaciones internacionales y la política comparada (Sigelman, 2006).

En tercer lugar, dos de los tres enfoques de investigación han tendido a definirse en oposición a sus predecesores y, al hacerlo, han ayudado a dar forma a la manera en que esos enfoques anteriores han sido recordados. Específicamente, el conductismo se definió en oposición a lo que entendía que constituía el tradicionalismo, y el posconductismo forjó su propia identidad, en parte, como una crítica de lo que consideraba los elementos definitorios del conductismo. Como resultado, se observa que el surgimiento de los enfoques más nuevos estuvo acompañado de un rechazo a las deficiencias percibidas en los enfoques anteriores. Al identificar lo que consideraban deficiencias en los enfoques más antiguos, los enfoques más nuevos tendieron a resaltar las diferencias entre lo nuevo y lo viejo y, en algunos casos, tendieron a subestimar cualquier similitud. Por ejemplo, el conductismo enfatizó su adherencia al método científico y, al hacerlo, a veces dio la impresión de que lo que intentaba reemplazar —el tradicionalismo— no se había considerado a sí mismo científico. Sin embargo, como queda claro cuando uno analiza los escritos reales de los tradicionalistas, estos generalmente se veían a sí mismos como politólogos y a menudo hacían mucho hincapié en el hecho de que, como politólogos, no debían confundirse con los historiadores (Farr, 1990; Gunnell, 2006). Ya en 1910, un presidente de la APSA hacía un llamado a la disciplina para que empleara análisis estadísticos con el fin de identificar patrones políticos y probar conclusiones relativas a ellos (Lowell, 1910). De manera similar, los posconductistas, como se verá en la discusión a continuación, enfatizaron la importancia de producir investigaciones que fueran relevantes para abordar cuestiones contemporáneas, pero, al resaltar su propia novedad en relación con los conductistas, los posconductistas a menudo tendieron a subestimar la medida en que los politólogos de principios del siglo XX también habían buscado utilizar la investigación en ciencia política para abordar problemas urgentes y relevantes en la vida de los Estados Unidos (Gunnell, 2006).

Tradicionalismo

Definición y descripción general

El tradicionalismo es un enfoque definido por centrarse en el estudio de las instituciones políticas, el derecho o una combinación de ambos. Además, el tradicionalismo ubica su confiabilidad científica en su fundamentación en investigaciones históricas o legales cuidadosas que están diseñadas para producir descripciones exhaustivas del tema en cuestión (Easton, 1971; Fried, 2006; Isaak, 1985; Macridis, 1992). Es decir, el tradicionalismo es un enfoque en la ciencia política que busca estudiar los fenómenos políticos mediante la investigación de la ley, la historia y/o instituciones como el gobierno en su conjunto o instituciones más delimitadas como los órganos legislativos, ejecutivos o judiciales. Un tradicionalista que busque comprender cómo funciona el Congreso de los EE. UU. investigaría, por lo tanto, cuestiones como qué estipula la ley (por ejemplo, la Constitución de los EE. UU.) en términos de poderes y límites del Congreso, cómo ha evolucionado históricamente el Congreso como institución, y cómo encaja el Congreso como institución en la red institucional más amplia del gobierno de los EE. UU. en su totalidad. Un tradicionalista que busque comprender los tribunales podría seguir una estrategia similar de perseguir cuestiones históricas (por ejemplo, cómo

han evolucionado los tribunales), cuestiones legales (por ejemplo, qué leyes rigen los tribunales y cómo los tribunales han participado históricamente en la configuración de las leyes) o cuestiones institucionales (por ejemplo, cómo se organizan y administran los tribunales como instituciones). Un tradicionalista en el campo de las relaciones internacionales podría estudiar el derecho internacional o las leyes nacionales y los tratados relacionados con las interacciones interestatales (es decir, la política exterior).

La ciencia política tradicionalista no ha sido un enfoque que haya exigido una especialización disciplinaria estrecha o exclusiva. Por el contrario, los primeros politólogos tradicionalistas necesitaban sentirse cómodos con campos como la historia o el derecho para poder llevar a cabo su trabajo. Francis Lieber, quien, en 1857, se convirtió en la primera persona en ocupar una cátedra oficial de ciencia política en los Estados Unidos, era, en realidad, profesor tanto de historia como de ciencia política en el Columbia College de Nueva York (Farr, 1990). La amplitud del tradicionalismo también se revela en los comentarios del presidente de la APSA, Albert Shaw (1907), al señalar que era posible encontrar a numerosos politólogos participando en la Asociación Histórica Estadounidense, así como en "grupos Económicos y Sociológicos" (p. 178).

Los politólogos tradicionalistas solían ser explícitos al establecer conexiones entre la investigación en ciencia política y el servicio al interés público, de cualquier manera que este último pudiera ser definido por el politólogo en cuestión. El discurso presidencial de Shaw ante la APSA en 1907 es una ilustración de la vinculación que hace el tradicionalismo de los objetivos empírico-científicos y normativo-éticos. "Creo que habrá un acuerdo muy generalizado", afirmó Shaw, "en que esta Asociación puede prestar un servicio extremadamente útil al país, sin apartarse en lo más mínimo de sus métodos científicos" (p. 181). Shaw continuó sugiriendo que la APSA podría emprender proyectos de investigación sobre problemas o preocupaciones relativas al "beneficio público" (p. 181). De hecho, una lectura de los primeros registros publicados en *Proceedings of the American Political Science Association* y en *Annals of the American Academy of Political and Social Science* revela el interés de los tradicionalistas en abordar el trabajo infantil, la reforma de los partidos políticos y otras cuestiones de bienestar público (Addams, 1906; Richberg, 1913).

Estudios de caso del tradicionalismo: Frank Goodnow y Woodrow Wilson

Para una comprensión más completa y detallada del tradicionalismo, se pueden observar con mayor profundidad dos ejemplos de ciencia política tradicionalista. El primero es el discurso de Frank Goodnow en 1904 en la primera reunión de la APSA. El discurso de Goodnow incluyó (a) una definición de lo que él llamó el "alcance" de la ciencia política, pero no una definición técnica de la ciencia política en sí, (b) un examen de lo que la ciencia política iba a tener como su foco de investigación, y (c) una declaración de cierre sobre la relevancia de la ciencia política. Un examen de estos tres componentes de su discurso ilustra los elementos sobresalientes del tradicionalismo en cuanto al institucionalismo (en el énfasis en estudiar la institución del Estado), el legalismo (en el énfasis en estudiar la ley y la jurisprudencia), una perspectiva histórica y la atención a los beneficios públicos de la investigación científica.

En primer lugar, en su discurso, Goodnow (1904) anunció que prefería definir el alcance de la ciencia política (es decir, lo que la ciencia política iba a estudiar) en lugar de intentar una definición de la ciencia política en sí misma. Goodnow sostuvo que proponerse construir una definición técnicamente detallada de la disciplina per se no era una empresa tan productiva como determinar qué debía tener la disciplina como su foco de investigación. Señaló lo que denominó la posibilidad "peligrosa" de

definir la disciplina de una manera demasiado limitada o expansiva (p. 35). Procedió a caracterizar el alcance de la ciencia política como la investigación de los Estados. Los politólogos no fueron los primeros ni los exclusivos investigadores de los Estados, explicó Goodnow, sino que eran únicos al apuntar al Estado como un tema principal de análisis. Por ejemplo, los historiadores podrían estudiar los Estados históricos y podrían estudiar indirectamente los Estados contemporáneos, razonó Goodnow, y los economistas podrían investigar cuestiones monetarias relacionadas con los Estados. Sin embargo, solo los politólogos tendrían como su "interés principal" el análisis directo, detallado y "científico" de los Estados en toda su complejidad. Los comentarios de Goodnow sugieren que la ausencia previamente notada de estrechez o especialización disciplinaria en la ciencia política tradicionalista no tenía que traducirse en una ausencia de identidad disciplinaria. Goodnow estaba, en este discurso, identificándose a sí mismo como un politólogo en lugar de un historiador, incluso cuando su enfoque de la ciencia política emplearía perspectivas históricas. Además, al identificar a la institución del Estado (a diferencia del comportamiento de los individuos, por ejemplo) como la materia central y definitoria de la ciencia política, Goodnow estaba transmitiendo lo que generalmente se denomina la orientación tradicionalista hacia el institucionalismo.

En segundo lugar, Goodnow (1904) enmarcó el estudio de los Estados —y por lo tanto a la ciencia política como disciplina— en términos amplios. El rango de investigación de la ciencia política debía incluir, argumentó, el estudio de cómo se comunicaba la "voluntad del Estado", qué comprendía la "voluntad del Estado" y cómo se llevaba a cabo la "voluntad del Estado". Al explicar a qué se refería con la comunicación de la "voluntad del Estado", Goodnow hizo referencia a asuntos tales como los valores transmitidos a través de las ideas políticas o la teoría política de un país, su constitución y las plataformas de los partidos políticos. Los valores políticos influían en las políticas o la voluntad del Estado. El segundo elemento —el "contenido de la voluntad del Estado"— Goodnow lo identificó como la ley (p. 40). La ley revelaba el significado de un Estado. De hecho, uno puede ver cuán estrechamente estaba ligada la ciencia política tradicionalista de Goodnow al estudio de la ley cuando se encuentra con su comentario de que "es muy dudoso" que alguien pudiera convertirse en politólogo —es decir, que alguien pudiera entender a los Estados "como objeto de estudio científico"— sin una comprensión profunda de la ley (pp. 42-43). Para comprender cómo los Estados llevaban a cabo sus "voluntades", continuó Goodnow, era necesario estudiar el derecho administrativo, un tema que, en ausencia de la ciencia política, creía que había sido terriblemente descuidado. Señaló los beneficios de estudiar la historia de las leyes de pobres inglesas como guía para mejorar la administración pública en general.

Finalmente, Goodnow (1904) cerró su discurso expresando la esperanza de que la ciencia política pudiera contribuir al bien público. Identificó a los maestros y a los profesionales de la política como dos grupos que podrían beneficiarse directamente del conocimiento producido por la disciplina. Además, al difundir una comprensión más descriptivamente precisa y exhaustiva de los Estados, los maestros y profesionales, en sus respectivos roles profesionales, podrían contribuir a un mayor bienestar público.

Un examen del discurso de Woodrow Wilson (1911) en la séptima reunión anual de la APSA ofrece una segunda oportunidad para escudriñar con más cuidado la amplitud del tradicionalismo, una amplitud criticada como "poco científica" por los posteriores defensores del conductismo. Aunque mejor conocido como el 28º presidente de los Estados Unidos, Wilson también se desempeñó como presidente de la APSA y, en esta última capacidad, argumentó en contra de una concepción estrecha y especializada de la ciencia política. De hecho, en un momento de su discurso, llegó a afirmar que

no le gustaba el nombre de ciencia política, el cual, según él, implicaba que las interacciones humanas debían estudiarse de forma objetiva y estricta. Abogó por la designación de política en lugar de ciencia política como un nombre más adecuado para el estudio del Estado y de la "habilidad política" o "estadismo" (pp. 10-11). Aunque Wilson apoyaba un enfoque científico, si por ciencia se entendía la exactitud y la minuciosidad en el estudio de la vida política, argumentaba que dicho estudio debía incluir un examen de la literatura, el arte y la poesía, y debía buscar inspirar "visión" y "simpatía" (pp. 2, 10, 11). Su forma de entender la ciencia política, uno descubre, difícilmente podría ser más amplia, ya que concluyó que "nada" que tenga un impacto en "la vida humana" debería llamarse "ajeno" a la disciplina (p. 2). Wilson argumentó que el estudiante astuto de política debería demostrar "un alcance shakesperiano" (p. 10). Aunque la influencia inmediata de Wilson en la ciencia política estadounidense fue limitada (Ubertaccio & Cook, 2006), su adopción explícita de una política expansiva es ilustrativa de la falta de especialización disciplinaria del tradicionalismo. Además, una comparación de su enfoque con el de Goodnow es útil para recordar a los estudiantes del tradicionalismo la diversidad interna del enfoque.

Conductismo

Definición y descripción general

El conductismo surgió como una crítica al fracaso del tradicionalismo, desde el punto de vista de los conductistas, para ofrecer un enfoque para la investigación científica de cuestiones políticas que fuera lo suficientemente riguroso como para producir resultados predictivos basados en datos evaluados cuantitativamente. Específicamente, los elementos definitorios del conductismo incluyen un enfoque en los actores políticos y su comportamiento (o actitudes y opiniones), una ciencia libre de valores, y el estudio de cuestiones operacionalizables a través de la formulación de hipótesis y la investigación empírica y cuantitativa (Ricci, 1984). El enfoque en el estudio de los actores políticos representó un alejamiento de la concentración del tradicionalismo en el estudio histórico y legalista de las instituciones.

Al dirigir la atención al estudio de los actores políticos, muchos conductistas emplearon la investigación por medio de encuestas para comparar las actitudes de los votantes versus los no votantes, las élites versus las no élites, los que se identifican con un partido versus los independientes, u otros subgrupos de poblaciones. Los estudiosos de la política del Congreso podían recurrir a enfoques conductistas para desviar la investigación del análisis de la historia institucional de las legislaturas hacia una investigación empírica de los comportamientos reales de los congresistas, el personal o los miembros de los comités del Congreso. Los conductistas estaban interesados, por ejemplo, en si los miembros del Congreso dedicaban más tiempo y mayores recursos a la redacción real de la legislación o a responder a las demandas de su distrito electoral, a hacer campaña para las próximas elecciones o a interactuar con cabilderos. La observación empírica de tales comportamientos desprovista de juicios normativos (sobre cómo "deberían" comportarse los votantes, no votantes, élites, masas, partidistas, independientes o miembros del Congreso) corregiría, en palabras de David Easton (1971), el "descuido tradicionalista del elemento más obvio, el ser humano" (p. 203) en la realización de la investigación. Además, no solo una ciencia "libre de valores" protegería contra la corrupción de los sesgos asociados con las preferencias normativas, sino que el cumplimiento estricto del estudio de preguntas traducibles a variables operacionales e hipótesis comprobables proporcionaría un conocimiento más confiable que el que se podía producir mediante el tradicionalismo.

En un ensayo de 1967 titulado "The Current Meaning of Behavioralism" (El significado actual del conductismo), Easton (1992) resumió que el conductismo tenía ocho "piedras angulares intelectuales" interrelacionadas (p. 47):

- "regularidades": Un estudio riguroso del comportamiento político permitiría a los politólogos hacer predicciones, al igual que los científicos naturales podían hacer declaraciones predictivas.
- "verificación": Las predicciones debían ser comprobables para poder ser falsadas o verificadas.
- "técnicas": La ciencia política debería volverse cada vez más sofisticada en su uso de métodos científicos de recopilación de datos y pruebas.
- "cuantificación": La ciencia política debería utilizar medidas precisas y cuantificables; las preguntas para la investigación debían ser definibles en términos comprobables, operacionalmente limitados y precisos.
- "valores": El estudio empírico y científico opera mediante un proceso diferente al de la búsqueda de objetivos normativos.
- "sistematización": La investigación en ciencia política debe producir un cuerpo de información sistemática; las teorías y generalizaciones podrían basarse en inferencias sólidas a partir de datos comprobables.
- "ciencia pura": La investigación en ciencia política debe operar de una manera libre de valores, es decir, independientemente de cualquier uso posterior posible del conocimiento científico para abordar problemas sociales percibidos.

Robert Dahl (1992) rastreó los orígenes de este enfoque hasta la década de 1920 y hasta el trabajo de Charles Merriman y la llamada Escuela de Chicago de Harold Lasswell, Gabriel Almond, V. O. Key y David Truman. Para mediados de la década de 1960, un miembro de esta escuela —Almond (1966)— proclamaba "un nuevo paradigma" en la ciencia política (p. 875). Almond describió este paradigma como uno que tenía tres componentes: (1) un "enfoque estadístico" orientado a "probar hipótesis" que generarían (2) afirmaciones de "probabilidad" y (3) un estudio de la interacción de actores y unidades dentro de "sistemas" políticos más grandes (p. 876). Como queda claro en el lenguaje de Almond, este nuevo enfoque conductista utilizaba herramientas y métodos altamente especializados extraídos de campos como las matemáticas, la estadística, la economía y la psicología. De hecho, Almond señaló que los estudios de posgrado en ciencia política se centraban cada vez más en capacitar a los estudiantes en las herramientas de "la revolución científica" —herramientas que estaban dirigiendo a la ciencia política hacia la investigación por encuestas, el muestreo estadístico y la investigación cuantitativa basada en equipos y financiada por subvenciones. Durante el período conductista posterior a la Segunda Guerra Mundial, las publicaciones en la *American Political Science Review* (APSR) se orientaron cada vez más hacia los análisis estadísticos de la opinión pública y el comportamiento, especialmente en los subcampos de la política estadounidense y la política comparada (Sigelman, 2006). El nuevo enfoque en estudiar lo que podía ser operacionalizado de manera precisa y estrecha parecía estar a mundos de distancia de aquel en el que un presidente de la APSA podía proclamar, como lo había hecho Woodrow Wilson, su disgusto por el término ciencia política y su esperanza de un campo de la política caracterizado por un "alcance shakesperiano".

Un estudio de caso del conductismo: "Consenso e ideología en la política estadounidense" de Herbert McClosky

El trabajo de Herbert McClosky, "Consensus and Ideology in American Politics" (Consenso e ideología en la política estadounidense), publicado en la *APSR* en 1964, puede servir como un estudio de caso para examinar más de cerca las características destacadas del enfoque conductista. Como sugería el título de su artículo, McClosky estaba interesado en la medida en que existía consenso, o un acuerdo amplio, sobre los valores políticos en los Estados Unidos. Aunque abrió su artículo con una breve descripción general de los comentarios tocquevillianos sobre la cultura y las costumbres democráticas, McClosky enmarcó su análisis en torno a la investigación de hipótesis específicas relacionadas con las actitudes de los actores políticos, en este caso, actores agrupados en dos subgrupos de la población de los EE. UU.. McClosky formuló la hipótesis de que el público estadounidense no era uniforme en sus puntos de vista políticos, que apoyaba más la democracia en abstracto que en casos particulares, y que las élites políticas (a quienes llamó influyentes) apoyaban más la democracia que las no élites.

McClosky (1964) dividió a la población estadounidense en dos grupos: los influyentes y el electorado en general. Los influyentes eran individuos que habían sido delegados o suplentes en las convenciones de los partidos principales en 1956, y el electorado general era simplemente la población en general. McClosky utilizó la investigación a través de encuestas para medir las actitudes de ambos grupos. Con respecto a los influyentes, se encuestó a una muestra de más de 3.000 miembros de los delegados y suplentes en las convenciones Demócrata y Republicana. Con respecto a la población general, McClosky utilizó una muestra nacional de 1.500 adultos. Se encuestó a ambos grupos sobre una variedad de preguntas o ítems, y las respuestas a los ítems sirvieron como "indicadores" de "opiniones o actitudes" sobre los valores democráticos (p. 364). Si un subgrupo manifestaba un 75% o niveles más altos de acuerdo en un ítem, se decía que se había demostrado un consenso.

McClosky (1964) encontró mayores grados de consenso sobre los procedimientos democráticos entre los influyentes que entre el público en general. Por ejemplo, sus encuestas contenían 12 ítems para medir el apoyo a las "reglas del juego" (democracia procedimental). Estos ítems incluían declaraciones con las que se pedía a los encuestados que registraran su acuerdo o desacuerdo, y consistían en declaraciones sobre si un ciudadano podría estar justificado al actuar al margen de la ley, si las mayorías tenían la obligación de respetar a las minorías, si los medios eran tan importantes como los fines en la búsqueda de resultados políticos, si el uso de la fuerza alguna vez estaba justificado como estrategia política y si los derechos de voto debían ser expansivos o limitados. Los resultados de la encuesta demostraron, informó McClosky, que los influyentes expresaron consenso en la mayoría de los 12 ítems, mientras que el electorado general no expresó consenso en ninguno de los 12 ítems.

McClosky (1964) procedió a informar que, si bien tanto los influyentes como la población en general exhibieron un apoyo más amplio a la libertad de expresión cuando se les preguntó sobre esta libertad en abstracto que cuando se les preguntó sobre la libertad de expresión para grupos impopulares específicos, los influyentes apoyaron más que la población en general la libertad de expresión para grupos impopulares. McClosky concluyó que a uno se le podría hacer creer que los ciudadanos de los Estados Unidos habían llegado a un consenso sobre la importancia de la libertad de expresión hasta que uno observaba las respuestas de los no influyentes a los ítems que involucraban la aplicación del principio a casos, incidentes y personas en particular. Por ejemplo, el apoyo a los derechos de los

comunistas, de las personas acusadas de traición y de los criminales condenados fue mayor entre los influyentes que entre la población general.

Además, McClosky (1964) informó un mayor consenso entre los influyentes sobre la importancia del valor democrático de la libertad que sobre el valor democrático de la igualdad. De hecho, McClosky informó la ausencia de consenso tanto entre los influyentes como entre el electorado general en torno a la cuestión de si todas las personas eran iguales, así como en cuestiones relativas a si a todas las personas se les debería otorgar igualdad. Las encuestas de McClosky incluían indicadores para medir el apoyo a la igualdad política, social y económica, y sus resultados sugirieron una ausencia de consenso tanto entre los influyentes como entre el electorado general en relación con los tres tipos de igualdad. En otras palabras, en cuanto a las declaraciones relacionadas con si la mayoría de las personas pueden tomar decisiones responsables para gobernarse a sí mismas (igualdad política), si los diferentes grupos étnicos son iguales (igualdad social) o si todas las personas tienen el mismo derecho a tener un buen trabajo y un hogar decente (igualdad económica), el consenso estuvo ausente.

McClosky (1964) también buscó medir lo que él entendía como claridad ideológica y la capacidad de identificarse con precisión a lo largo de líneas ideológicas. Al evaluar a los participantes de la encuesta en términos de sus respuestas a declaraciones particulares relacionadas con temas liberales versus conservadores y su adopción de marcadores ideológicos (liberal versus conservador), descubrió que los influyentes eran más precisos que la población general al nombrarse a sí mismos como liberales o conservadores y al identificar una posición como liberal o conservadora.

McClosky (1964) cerró su artículo con seis generalizaciones a modo de resumen. Primero, las élites (influyentes) diferían de las no élites en términos de un mayor apoyo de las élites a los procesos democráticos y una comprensión más completa de la ideología política. Segundo, una comparación de la educación y las circunstancias económicas de los dos grupos sugirió razones posibles (y comprobables) para las diferencias de actitudes que demarcaban a los dos grupos. Tercero, el nivel de apoyo a la democracia entre las élites estadounidenses era problemático en algunos temas (por ejemplo, la igualdad). Cuarto, a pesar de los niveles problemáticos de apoyo actitudinal a los valores democráticos, el sistema estadounidense de política republicano-demócrata parecía estable, un resultado, en parte, de la no participación de las no élites que no apoyaban la democracia. En resumen, la democracia, afirmó McClosky, a veces es "salvada" por la no participación de los segmentos desinformados del *demos* (p. 376). Quinto, los relatos clásicos de la democracia son inexactos cuando afirman que la aceptación de las ideas democráticas es esencial para la supervivencia de la democracia. Sexto, aunque McClosky aconsejó a los politólogos no volverse optimistas sobre la falta de apoyo a los procesos democráticos entre la población en general, compartió su esperanza de una distribución más amplia de los valores democráticos entre los segmentos de la población estadounidense a medida que el país continuara promoviendo avances educativos y científicos.

Los estudiantes de ciencia política pueden observar elementos clave del conductismo en el trabajo de McClosky. En primer lugar, los conductistas como McClosky entendieron el comportamiento de manera lo suficientemente amplia como para abarcar opiniones y actitudes. En segundo lugar, es evidente que el giro de la disciplina hacia el estudio del comportamiento de los actores es considerado por los conductistas como profundamente revelador de lo que estuvo oculto mientras la ciencia política se aferró a la tenaz insistencia del tradicionalismo en estudiar las instituciones. El conductismo en manos de politólogos como McClosky había logrado nada menos que revelar y probar empíricamente las fallas en los relatos clásicos y de larga data sobre por qué y cómo funcionan las democracias. En tercer lugar, los conductistas como McClosky creían haber logrado demostrar

que las grandes preguntas, como las que Wilson quería que abordara la ciencia política, se respondían de manera más confiable cuando se convertían en preguntas y variables estrechas, especializadas y operacionalizables. Después de todo, ¿qué podría ser una pregunta más grande, más shakesperiana que la que había abordado McClosky? Sin embargo, solo al definir el consenso de una manera estrecha y comprobable, por ejemplo, podría McClosky estudiar la cuestión del consenso democrático de una manera tan precisa y cuidadosa. En cuarto lugar, los conductistas como McClosky no se oponían a las generalizaciones teóricas, pero creían que tales generalizaciones se desarrollaban de manera más apropiada a partir de resultados empíricos concretos; además, tales generalizaciones podrían usarse para generar nuevas preguntas empíricamente comprobables. En el proceso de medición y prueba empíricas, sin embargo, no se debían permitir que sesgos o suposiciones normativas (por ejemplo, sobre la bondad de los ciudadanos de los Estados Unidos o de la democracia estadounidense) distorsionaran las observaciones. Finalmente, la ciencia política libre de valores de conductistas como McClosky tendía a producir conclusiones que dejaban indiscutidas las estructuras fundamentales del statu quo estadounidense. Como han señalado Ricci (1984), Dryzek (2006) y Susser (1992), los conductistas veían su ciencia como libre de valores pero, quizás irónicamente, a menudo tendían a producir resultados que encajaban cómodamente con las suposiciones normativas con respecto a la solidez fundamental de la capacidad del sistema político estadounidense para abordar de manera progresiva cualquier problema que la ciencia política pudiera sacar a la luz. De hecho, incluso podría resultar que lo que parecía un defecto (la apatía de los desinformados) se descubriera mediante el conductismo como un activo.

Posconductismo

Definición y descripción general

El posconductismo es un enfoque que enfatiza (a) que la investigación en ciencia política debe ser significativa, es decir, que debe abordar problemas políticos urgentes; (b) que la ciencia y los valores están inextricablemente conectados; y (c) que la ciencia política no debe tratar de modelarse a sí misma en la aplicación estricta de los métodos científicos utilizados en las ciencias naturales en los que la investigación está impulsada exclusivamente por aquello que puede reducirse a preguntas estrechamente definidas que pueden comprobarse mediante los procedimientos científicos más rigurosos y especializados disponibles en la actualidad. Los posconductistas reaccionaron contra lo que interpretaron como la dependencia excesiva del conductismo a la pureza de la precisión científica a expensas de la "relevancia". Si bien muchos posconductistas defendieron el valor de la investigación empírica y de orientación estadística, tendían a argumentar que el conductismo se había extralimitado al enfatizar una adhesión estricta a procedimientos científicos limitados y que el enfoque proclamado como libre de valores del conductismo, en realidad, ocultaba un respaldo normativo del statu quo y, por lo tanto, era tanto normativo como conservador.

Varios críticos posconductistas del conductismo, incluidos Peter Bacharach, Christian Bay, Hans Morganthau y Theodore Lowi, se unirían al *Caucus for a New Political Science* (Comité para una Nueva Ciencia Política), organizado en 1967 (Dryzek, 2006). El comité continúa conceptualizando que la ciencia política se lleva a cabo mejor cuando los politólogos integran sus identidades como miembros de la comunidad con sus identidades como académicos y, por lo tanto, elaboran agendas de investigación en respuesta a las necesidades políticas. La ciencia política debe estar inmersa en la vida cotidiana y sus preocupaciones, no aislada de ella como una ciencia esotérica, especializada y libre de valores, según las declaraciones del Comité (New Political Science: The Journal, s.f.).

En 1969, David Easton afirmó que el posconductismo estaba demostrando ser una fuerza transformadora en la disciplina. Easton discernió la presencia del posconductismo en dos niveles: primero, el posconductismo era identificable como un conjunto de politólogos individuales que compartían una creciente insatisfacción con las implicaciones del conductismo, y, en segundo lugar, el posconductismo se manifestaba como una nueva perspectiva intelectual o enfoque que podía guiar la investigación. En su discurso presidencial ante la APSA, Easton delineó lo que llamó una "destilación" de los elementos definitorios del posconductismo (p. 1052). Easton describió el posconductismo como una demanda de relevancia, con visión de futuro, orientado a la aplicación y basado en la creencia de que era poco menos que inmoral que los politólogos se retiraran de la arena de la deliberación y la acción cuando se enfrentaban y estaban rodeados de problemas políticos. Easton hizo múltiples referencias a la Guerra de Vietnam, a la amenaza de la escalada nuclear y a las luchas del movimiento por los derechos civiles, y señaló que el posconductismo era una acusación de la irrelevancia del conductismo en la búsqueda de soluciones a tales problemas. De hecho, Easton señaló que, desde una perspectiva posconductista, el conductismo podía ser acusado de ni siquiera poder ver tales problemas, una acusación que debe haber sonado particularmente extraña para los estudiantes de McClosky, educados como estaban para considerar que los influyentes o las élites eran más adeptos para identificar y comprender los problemas políticos que los miembros del electorado en general. Easton usó la metáfora de las anteojeras para describir lo que se había apoderado de una disciplina que no podía ver los problemas obvios y apremiantes de la sociedad incluso cuando podía describir con copioso detalle los méritos de la operacionalización, la formulación de hipótesis, el análisis estadístico, la verificación y la falsación. ¿Por qué, preguntó Easton, en una era de conductismo (es decir, 1958-1968), la *APSR* había tenido solo cuatro artículos sobre disturbios raciales, solo dos artículos sobre la práctica de la desobediencia civil, solo un artículo sobre problemas de pobreza y solo tres artículos sobre desórdenes urbanos?

Easton (1969) pasó a explicar que la crítica del posconductismo al conductismo estaba profundamente fundamentada en una comprensión de la ciencia que estaba en desacuerdo con la que abrazaba el conductismo. Para los posconductistas, la ciencia se basaba inevitablemente en suposiciones normativas; por lo tanto, según los posconductistas, una ciencia política "libre de valores" (el tipo de ciencia política promovida por los conductistas) no era posible. De hecho, los posconductistas afirmaron que proclamar la neutralidad de valores era en sí misma una postura normativa (es decir, una afirmación de que una postura supuestamente libre de valores era mejor que su opuesta). El posconductismo criticó al conductismo por no haber reconocido —y por ende, no haber examinado— sus propios fundamentos normativos y las formas en que esos fundamentos daban forma a la dirección de su agenda de investigación. Sin embargo, en la medida en que el posconductismo no era un rechazo a una ciencia empíricamente basada per se, Easton esperaba que el posconductismo pudiera dilucidar la lógica del conductismo y corregir su falta de autoconciencia con respecto a sus propias suposiciones en lugar de convertirse en un repudio de los avances logrados en el cambio de la ciencia política lejos de los métodos tempranos y menos orientados científicamente del tradicionalismo. En años posteriores, algunos académicos llegarían a considerar que el legado del posconductismo abría las posibilidades de una aplicación más "ecléctica" de los métodos de investigación al estudio de los fenómenos políticos (Lane, 1990, p. 927).

Un estudio de caso del posconductismo: La protesta de la *Perestroika* en ciencia política

En diciembre de 2000, *PS: Political Science and Politics* publicó "Voces: Una carta abierta a la dirección y miembros de la APSA". La carta, firmada por más de 200 politólogos, había sido

distribuida por alguien que se refería a sí mismo como "Sr. Perestroika". Haciéndose eco de las preocupaciones posconductistas de décadas anteriores, la carta de protesta de la Perestroika acusó a la APSA y a la *APSR* de tener una obsesión disciplinaria con la metodología cuantitativa a expensas de un tema de estudio significativo. Su estrecho enfoque metodológico, argumentaba la carta, había alejado a la APSA y a su principal revista del mundo real del trabajo académico realizado por la mayoría de los politólogos. La carta pedía una mayor apertura en la APSA (por ejemplo, en las elecciones a los órganos rectores de la APSA y a la junta editorial de la APSA), la inclusión de una gama más amplia de artículos en la *APSR*, la divulgación pública de los resultados de encuestas que podrían demostrar una insatisfacción generalizada con la dirección de la disciplina, y una mayor apertura a las voces críticas en la disciplina. Señalando que no se habían organizado en un comité o subunidad real dentro de la APSA, los firmantes de la carta de la Perestroika afirmaban, no obstante, hablar en nombre de un amplio segmento de politólogos ("Voices", 2000).

El partidario de la Perestroika, Gregory Kasza, amplió las preocupaciones expresadas en la carta inicial en "Perestroika: Por una ciencia política ecuménica" (2001). Uno puede ver en la elaboración de Kasza de la protesta de la Perestroika seis puntos principales que ilustran el posconductismo. Primero, se afirmó que la ciencia política estadounidense había sido distorsionada por el dominio dentro de la disciplina de enfoques de investigación cuantitativos altamente especializados; debido a este dominio, aseveró Kasza, los politólogos que buscaban producir trabajos académicos utilizando enfoques cualitativos estaban siendo marginados. Segundo, Kasza argumentó que la marginación de enfoques no cuantitativos constituía una violación de la libertad académica. Los politólogos, sostenía, estaban siendo presionados para moldear sus intereses sustanciales para ajustarlos a los contornos de metodologías y marcos teóricos rígidos; mencionó a una estudiante de posgrado anónima a la que se le había advertido que fracasaría como politóloga si no hacía que su disertación se ajustara a las rigurosidades de la elección racional. En tercer lugar, al permitir que una comprensión estrecha de la ciencia se volviera dominante dentro de la disciplina, la ciencia política estaba socavando su capacidad para producir una erudición sólida. De hecho, Kasza llegó a afirmar que un movimiento Perestroika podría salvar a la disciplina de producir conocimientos académicos deficientes. Cuarto, Kasza hizo el llamado por excelencia posconductista por una ciencia política que fuera más "relevante" para abordar preocupaciones políticas sustanciales. Quinto, Kasza sugirió que, en la búsqueda de convertirse en una ciencia lo más sofisticada posible, la ciencia política en realidad se había convertido en una especie de aventura de ficción. Kasza acusó a los politólogos de orientación científica de estar, en demasiados casos, operacionalizando los motivos, deseos y elecciones humanas en términos tan limitados (con el fin de ser rigurosos) como para convertir a sus sujetos de estudio en caricaturas.

Finalmente, Kasza (2001) ofreció un enfoque alternativo y "ecuménico". El ecumenismo, explicó, se definiría por tres elementos. Primero, una ciencia política ecuménica seleccionaría los problemas para el análisis y luego tomaría decisiones sobre qué enfoques de investigación abordarían mejor el problema, en lugar de adoptar un enfoque de investigación y definir problemas que se ajustaran a los requisitos del enfoque de investigación. Segundo, una ciencia política ecuménica sería explícita en su aceptación de una pluralidad de métodos o enfoques. Las metodologías cuantitativas especializadas coexistirían con las metodologías cualitativas en una ciencia política abierta y expansiva; por ejemplo, los programas de posgrado reintegrarían la filosofía política y los estudios de políticas públicas en sus áreas centrales en una disciplina impulsada por la Perestroika. Tercero, una ciencia política ecuménica valoraría el estudio interdisciplinario. Kasza instó a los politólogos a reconsiderar la formación de posgrado y, específicamente, a instituir programas de posgrado de doble titulación. Los

estudiantes de posgrado en ciencia política deberían ser alentados a obtener maestrías en campos alternativos y diversos, campos que abarquen tanto las humanidades como las ciencias exactas.

Conclusión

Al convocar a la colaboración interdisciplinaria, Kasza (2001) era consciente de que él y otros partidarios de la Perestroika estaban desafiando a la ciencia política a recuperar algo de su orientación anterior. De hecho, en la protesta posconductista de la Perestroika, uno puede reconocer vestigios del tradicionalismo. A uno se le recuerda el enfoque interdisciplinario de Goodnow al leer demandas recientes de amplitud interdisciplinaria en la formación de posgrado. Al mismo tiempo, uno puede observar en el posconductismo un paralelismo que vincula la exigencia de estudiar personas reales (en lugar de "actores" excesivamente estrechos y operacionalizados descritos por los conductistas) con la impaciencia del conductismo hacia la preferencia anterior del tradicionalismo por estudiar las instituciones en lugar de las personas. Ni los manifestantes de la Perestroika ni otros defensores del posconductismo purgaron el conductismo de la ciencia política. De hecho, en la actualidad, se pueden encontrar los tres enfoques en la ciencia política. Uno podría concluir, a partir de un estudio de la historia del tradicionalismo, el conductismo y el posconductismo, que la ciencia política, como disciplina, se ha caracterizado no tanto por rupturas completas con los enfoques de investigación preexistentes, sino por cambios y reajustes periódicos de los énfasis de investigación (Dryzek, 2006).

Referencias y lecturas adicionales

- Addams, J. (1906). El funcionamiento de la Ley de Trabajo Infantil de Illinois. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 27, 69-72.
- Almond, G. A. (1966). Teoría política y ciencia política. *American Political Science Review*, 60, 869-879.
- Bay, C. (1992). Política y pseudopolítica: Una evaluación crítica de parte de la literatura conductista. En B. Susser (Ed.), *Approaches to the study of politics* (pp. 51-75). Nueva York: Macmillan.
- Bryce, J. (1909). Las relaciones de la ciencia política con la historia y la práctica: Discurso presidencial, quinta reunión anual de la *American Political Science Association*. *American Political Science Review*, 3, 1-19.
- Dahl, R. A. (1992). El enfoque conductista en la ciencia política: Epitafio para un monumento a una protesta exitosa. En B. Susser (Ed.), *Approaches to the study of politics* (pp. 27-46). Nueva York: Macmillan.
- Dryzek, J. S. (2006). Revoluciones sin enemigos: Transformaciones clave en la ciencia política. *American Political Science Review*, 100, 487-492.
- Dryzek, J. S., & Leonard, S. T. (1988). Historia y disciplina en la ciencia política. *American Political Science Review*, 82, 1245-1260.
- Easton, D. (1969). La nueva revolución en la ciencia política. *American Political Science Review*, 63, 1051-1061.

- Easton, D. (1971). *The political system: An inquiry into the state of political science* (El sistema político: Una investigación sobre el estado de la ciencia política) (2ª ed.). Chicago: University of Chicago Press.
- Easton, D. (1992). El significado actual del conductismo. En B. Susser (Ed.), *Approaches to the study of politics* (pp. 47-48). Nueva York: Macmillan.
- Farr, J. (1990). Francis Lieber y la interpretación de la ciencia política estadounidense. *Journal of Politics*, 52, 1027-1049.
- Fried, A. (2006). El olvidado Lindsey Rogers y el desarrollo de la ciencia política estadounidense. *American Political Science Review*, 100, 555-561.
- Goodnow, F. (1904). El trabajo de la *American Political Science Association*. *Proceedings of the American Political Science Association*, 1, 35-46.
- Gunnell, J. G. (2006). La fundación de la *American Political Science Association*: Disciplina, profesión, teoría política y política. *American Political Science Review*, 100, 479-486.
- Isaak, A. C. (1985). *Scope and methods of political science: An introduction to the methodology of political inquiry* (Alcance y métodos de la ciencia política: Una introducción a la metodología de la investigación política). Pacific Grove, CA: Brooks/Cole.
- Kasza, G. (2001). Foro: Perestroika: Por una ciencia política ecuménica. *PS: Political Science and Politics*, 34, 597-600.
- Lane, R. (1990). Teoría concreta: Un método político emergente. *American Political Science Review*, 84, 927-940.
- Lowell, A. L. (1910). La fisiología de la política: Discurso presidencial, sexta reunión anual de la *American Political Science Association*. *American Political Science Association*, 4, 1-15.
- Macridis, R. C. (1992). Principales características del enfoque tradicional. En B. Susser (Ed.), *Approaches to the study of politics* (pp. 16-26). Nueva York: Macmillan.
- McClosky, H. (1964). Consenso e ideología en la política estadounidense. *American Political Science Review*, 58, 361-382.
- Melanson, P. H. (1974). Revisión: La presentación del ser profesional: Corrientes posconductistas. *Polity*, 7, 221-233.
- New Political Science: The Journal. (s.f.). Recuperado el 21 de marzo de 2006, de http://www.apsanet.org/~new/journal.htm.
- Ricci, D. M. (1984). *The tragedy of political science: Politics, scholarship, and democracy* (La tragedia de la ciencia política: Política, academia y democracia). New Haven, CT: Yale University Press.
- Richberg, D. R. (1913). Oficinas de referencia legislativa para los partidos políticos. *Proceedings of the American Political Science Association*, 10, 222-233.

- Ross, D. (1991). *The origins of American social science* (Los orígenes de la ciencia social estadounidense). Nueva York: Cambridge University Press.
- Shaw, A. (1907). Discurso presidencial: Tercera reunión anual de la *American Political Science Association*. *American Political Science Review*, 1, 177-186.
- Sigelman, L. (2006). La coevolución de la ciencia política estadounidense y la *American Political Science Review*. *American Political Science Review*, 100, 463-478.
- Susser, B. (1992). La ideología conductista: Una revisión y una retrospectiva. En B. Susser (Ed.), *Approaches to the study of politics* (pp. 76-100). Nueva York: Macmillan.
- Ubertaccio, P. N., & Cook, B. J. (2006). El fracaso de Wilson: Raíces de la contienda sobre el significado de una ciencia de la política. *American Political Science Review*, 100, 573-578.
- Voces: Una carta abierta a la dirección y miembros de la APSA. (2000). *PS: Political Science and Politics*, 33, 735-741.
- Wilson, W. (1911). La ley y los hechos: Discurso presidencial, séptima reunión anual de la *American Political Science Association*. *American Political Science Review*, 5, 1-11.